

junto en aquella fortaleza, que así como vean ó sepan que Sandoval vuelve á Tezcucó, que luego son sus enemigos en Chalco; y como era el camino de un pueblo á otro obra de dos leguas, acordó de ir, y aperció sus soldados y fué allá; y luego como llegó á vista del pueblo, antes de llegar á él le salen muchos guerreros, y le comenzaron á tirar vara y flecha y piedra con hondas, y fué tanta como granizo, que le hirieron tres caballos y muchos soldados, sin podelles hacer cosa ni daño ninguno; y hecho esto, luego se suben entre sus riscos y fortalezas, y desde allí les daban voces y gritas y tañían sus caracoles y atabales; y como el Sandoval así vió la cosa, acordó de mandar á algunos de á caballo que se apeasen, y á los demás de á caballo que se estuviesen en el campo en lo llano á punto, mirando no viesen algunos socorros mejicanos á los de Acapistla entre tanto que combatían aquel pueblo; y como vió que los caciques de Chalco y sus capitanes y muchos de sus indios de guerra que allí estaban remolinando y no osaban pelear con los contrarios, adrede para proballos y ver lo que decían, les dijo Sandoval: «¿Qué hacéis ahí? ¿Por qué no les comenzáis á combatir? Y entrá en ese pueblo y fortaleza; que aquí estamos, que os defenderemos;» y ellos respondieron que no se atrevían, porque era gran fortaleza, y que por esta causa venía el Sandoval y sus hermanos los teules con ellos, y con su mamparo y esfuerzo venían los de Chalco á les echar de allí. Por manera que se apercebe el Sandoval de arte que él y todos sus soldados y escopeteros y ballesteros les comenzaron de entrar y subir; y puesto que recibieron en aquella subida muchas heridas, y al mismo capitán le descalabraron otra vez y le hirieron muchos de los amigos, todavía les entró en el pueblo, donde se les hizo mucho daño; y todos los que mas daño les hicieron fueron los indios de Chalco y los demás amigos tlascaltecas, porque nuestros soldados, si no fué hasta rompellos y ponellos en huida, no curaron de dar cuchilladas á ningún indio, porque les parecía crueldad; y en lo que mas se empleaban era en buscar una buena india ó haber algún despojo; y lo que comunmente hacían era reñir á los amigos porque eran tan crueles y por quitalles algunos indios ó indias porque no los matasen. Dejemos de hablar desto, y digamos que aquellos guerreros mejicanos que allí estaban, por se defender se vinieron por unos riscos abajo cerca del pueblo, y como había muchos dellos heridos de los que se venían á esconder en aquella quebrada y arroyo, y se desangraban, venía el agua algo turbia de sangre, y no duró aquella turbieza un Ave-María. E aquí dice el coronista Gómora en su Historia que por venir el río tinto en sangre los nuestros pasaron sed por causa de la sangre. A esto digo que había fuentes de agua clara abajo en el mismo pueblo, que no tenían necesidad de otra agua. Volvamos á decir que luego que aquello fué hecho se volvió el Sandoval con todo su ejército á Tezcucó, y con buen despojo, en especial con muy buenas piezas de indias. Digamos ahora cómo el señor de Méjico, que se decía Guatemuz, lo supo, y el desbarate de sus ejércitos, dicen que mostró mucho sentimiento dello, y mas de que los de Chalco tenían tanto atrevimiento, siendo sus súbditos y vasallos, de osar tomar armas

tres veces contra ellos; y estando tan enojado, acordó que entre tanto que el Sandoval se volvía al real de Tezcucó, de enviar grandes poderes de guerreros, que de presto juntó en la ciudad de Méjico con otros que estaban junto á la laguna, y en mas de dos mil canoas grandes, con todo género de armas, salen sobre veinte mil mejicanos, y vienen de repente en la tierra de Chalco por hacelles todo el mal que pudiesen; y fué de tal arte y tan presto, que aun no hubo bien llegado el Sandoval á Tezcucó ni hablado á Cortés, cuando estaban otra vez mensajeros de Chalco en canoas por la laguna demandando favor á Cortés, porque le dijeron que habían venido sobre dos mil canoas, y en ellas veinte mil mejicanos, y que fuesen presto á los socorrer; y cuando Cortés lo oyó, y Sandoval, que entonces en aquel instante llegaba á hablalle y á dalle cuenta de lo que había hecho en la entrada donde venía, el Cortés no le quiso escuchar á Sandoval, de enojo, creyendo que por su culpa ó descuido recibían mala obra nuestros amigos los de Chalco; y luego sin mas dilación ni le oír le mandó volver y que dejase allí en el real todos los heridos que traía, y con los sanos luego fué muy en posta; y destas palabras que Cortés le dijo recibió mucha pena el Sandoval, y porque no le quiso escuchar, y luego partió para Chalco; y como llegó con todo su ejército bien cansado de las armas y largo camino, pareció ser que los de Chalco, luego como lo supieron por sus espías que los mejicanos venían tan de repente sobre ellos, y cómo había tenido Guatemuz aquella cosa concertada que diesen sobre ellos, como dicho tengo, sin mas aguardar socorro de nosotros, enviaron á llamar á los de la provincia de Guaxocingo é Tlascala, que estaban cerca, los cuales vinieron aquella noche mesma, muy aparejados con sus armas, y se juntaron con los de Chalco, que serían por todos mas de veinte mil dellos, é ya les habían perdido el temor á los mejicanos, y gentilmente los aguardaron en el campo y pelearon como muy varones, puesto que los mejicanos mataron y prendieron hasta quince capitanes y hombres principales, y de otra gente de guerra de no tanta cuenta se prendieron otros muchos; y túvose esta batalla entre los mejicanos por grande deshonra suya, viendo que los de Chalco los vencieron, y en mucho mas que si los desbaratáramos nosotros; y como llegó Sandoval á Chalco, y vió que no tenía qué hacer ni de qué se temer, que ya no volverían otra vez los mejicanos sobre Chalco, da vuelta á Tezcucó y llevó los presos mejicanos, con lo cual se holgó mucho Cortés; y Sandoval mostró grande enojo de nuestro capitán por lo pasado, y no le fué á ver ni hablar, puesto que Cortés le envió á decir que lo había entendido de otra manera, y que creyó que por descuido del Sandoval no se había remediado, pues que iba con mucha gente de á caballo y soldados, y sin haber desbaratado los mejicanos se volvía. Dejemos de hablar desta materia, porque luego tornaron á ser amigos Cortés y el Sandoval, y no sabía Cortés placer que hacer al Sandoval por tenelle contento, que no le hacía. Dejallo he aquí, y diré cómo acordamos de herrar todas las piezas, esclavas y esclavos que se habían habido, que fueron muchas, y de cómo vino en aquel instante un navío de Castilla, y lo que mas pasó.

CAPITULO CXLIII.

Cómo se herrarón los esclavos en Tezcucó, y cómo vino nueva que había venido al puerto de la Villa-Rica un navío, y los pasajeros que en él vinieron; y otras cosas que pasaron diré adelante.

Como hubo llegado Gonzalo de Sandoval con gran presa de esclavos, y otros muchos que se habían habido en las entradas pasadas, fué acordado que luego se herrasen; y de que se hubo pregonado que se llevasen á herrar á una casa señalada, todos los mas soldados llevamos las piezas que habíamos habido, para echar el hierro de su majestad, que era una G, que quiere decir guerra, segun y de la manera que lo teníamos de antes concertado con Cortés, segun he dicho en el capítulo que dello habla, creyendo que se nos había de volver después de pagado el real quinto, que las apreciásemos cuánto podía valer cada pieza; y no fué así, porque si en lo de Tepeaca se hizo muy malamente, segun otra vez dicho tengo, muy peor se hizo en esto de Tezcucó, que después que sacaban el real quinto, era otro quinto para Cortés y otras partes para los capitanes; y en la noche antes cuando las tenían juntas nos desaparecieron las mejores indias. Pues como Cortés nos había dicho y prometido que las buenas piezas se habían de vender en el almoneda por lo que valiesen, y las que no fuesen tales por menos precio, tampoco hubo buen concierto en ello, porque los oficiales del Rey que tenían cargo dellas hacían lo que querían; por manera que si mal se hizo una vez, esta vez peor; y desde allí adelante muchos soldados que tomábamos algunas buenas indias, porque no nos las tomasen, como las pasadas, las escondíamos y no las llevábamos á herrar, y decíamos que se habían huido; y si era privado de Cortés, secretamente la llevaban de noche á herrar y las apreciaban en lo que valían y les echaban el hierro y pagaban el quinto; y otras muchas se quedaban en nuestros aposentos, y decíamos que eran naborias que habían venido de paz de los pueblos comarcanos y de Tlascala. También quiero decir que como ya había dos ó tres meses pasados que algunas de las esclavas que estaban en nuestra compañía y en todo el real conocían á los soldados cuál era bueno é cuál malo, y trataba bien á las indias naborias que tenía é cuál las trataba mal, y tenían fama de caballeros, y de otra manera cuando las vendían en el almoneda, y si las sacaban algunos soldados que las tales indias ó indios no les contentaban ó las habían tratado mal, de presto se les desaparecían que no las vian mas, y preguntar por ellas era por demás; y en fin, todo se quedaba por deuda en los libros del Rey, así en lo de las almonedas y los quintos; y al dar las partes del oro se consumió, que ningunos ó muy pocos soldados llevaron partes, porque ya lo debían, y aun muchos mas pesos de oro que después cobraron los oficiales del Rey. Dejemos esto, y digamos cómo en aquella sazón vino un navío de Castilla, en el cual vino por tesorero de su majestad un Julian de Alderete, vecino de Tordesillas, y vino un Orduña el viejo, vecino que fué de la Puebla, que después de ganado Méjico trajo cuatro ó cinco hijas, que casó muy honradamente; era natural de Tordesillas; y vino un fraile de san Francisco que se decía fray Pedro Melgarejo de Urrea, natural de Sevilla, que trajo unas

bulas de señor san Pedro, y con ellas nos componían si algo éramos en cargo en las guerras en que andábamos; por manera que en pocos meses el fraile fué rico y comedido á Castilla; trajo entonces por comisario y quien tenía cargo de las bulas á Jerónimo Lopez, que después fué secretario en Méjico; vinieron un Antonio Carvajal, que ahora vive en Méjico, ya muy viejo, capitán que fué de un bergantín; y vino Jerónimo Ruiz de la Mota, yerno que fué, después de ganado Méjico, del Orduña, que ansimismo fué capitán de un bergantín, natural de Búrgos; y vino un Briones, natural de Salamanca; á este Briones ahorcaron en esta provincia de Guatemala por amotinador de ejércitos, desde á cuatro años que se vino huyendo de lo de Honduras; y vinieron otros muchos que ya no me acuerdo, y también vino un Alonso Díaz de la Reguera, vecino que fué de Guatemala, que ahora vive en Valladolid; y trajeron en este navío muchas armas y pólvora, y en fin como navío que venía de Castilla, é vino cargado de muchas cosas, y con él nos alegramos, y de las nuevas que de Castilla trajeron no me acuerdo bien; mas pareceme que dijeron que el obispo de Burgos ya no tenía mano en el gobierno, que no estaba su majestad bien con él desde que alcanzó á saber de nuestros muy buenos é notables servicios, y cómo el Obispo escribía á Flándes al contrario de lo que pasaba y en favor de Diego Velazquez, y halló muy claramente su majestad ser verdad todo lo que nuestros procuradores de nuestra parte le fueron á informar, y á esta causa no le oía cosa que dijese. Dejemos esto, y volvamos á decir que como Cortés vió los bergantines que estaban acabados de hacer, y la gran voluntad que todos los soldados tenían de estar ya puestos en el cerco de Méjico, y en aquella sazón volvieron los de Chalco á decir que los mejicanos venían sobre ellos, y que les enviásemos socorro, y Cortés les envió á decir que él quería ir en persona á sus pueblos y tierras, y no se volver hasta que á todos los contrarios echase de aquellas comarcas; y mandó apercebir trecientos soldados y treinta de á caballo, y todos los mas escopeteros y ballesteros que había, y gente de Tezcucó; y fué en su compañía Pedro de Albarado y Andrés de Tapia y Cristóbal de Olí, y ansimismo fué el tesorero Julian de Alderete, y el fraile fray Pedro Melgarejo, que ya en aquella sazón había llegado á nuestro real; é yo fui entonces con el mismo Cortés, porque me mandó que fuese con él; y lo que pasamos en aquella entrada diré adelante.

CAPITULO CXLIV.

Cómo nuestro capitán Cortés fué á una entrada y se rodeó la laguna, y todas las ciudades y grandes pueblos que alrededor hallamos, y lo que mas nos pasó en aquella entrada.

Como Cortés había dicho á los de Chalco que les había de ir á socorrer porque los mejicanos no viniesen y les diesen guerra, porque harto teníamos cada semana de ir y venir á les favorecer, mandó apercebir todos los soldados y ejército, que fueron trecientos soldados y treinta de á caballo, y veinte ballesteros y quince escopeteros, y el tesorero Julian de Alderete y Pedro de Albarado y Andrés de Tapia y Cristóbal de Olí, y fué también el fraile fray Pedro Melgarejo, y á mí me mandó que fuese con él, y muchos tlascaltecas y amigos de Tezcucó; y dejó en

guarda de Tezcuco y bergantines á Gonzalo de Sandoval con buena copia de soldados y de á caballo. Y una mañana, después de haber oído misa, que fué viénes 5 días del mes de abril de 1521 años, fuimos á dormir á Talmalco, y allí nos recibieron muy bien; y el otro día fuimos á Chalco, que estaba muy cerca el uno del otro: allí mandó Cortés llamar á todos los caciques de aquella provincia, y se les hizo un parlamento con nuestras lenguas doña Marina é Jerónimo de Aguilar, en que se les dió á entender cómo agora al presente íbamos á ver si podría traer de paz á algunos de los pueblos que estaban mas cerca de la laguna, y tambien para ver la tierra y sitio para poner cerco á la gran ciudad de Méjico, y que por la laguna habian de echar los bergantines, que eran trece, y que les rogaba á todos que para otro día que estuviesen aparejadas todas sus gentes de guerra para ir con nosotros; y cuando lo hubieron entendido, todos á una de muy buena voluntad dijeron que sí lo harían; y otro día fuimos á dormir á otro pueblo que estaba sujeto al mismo Chalco, que se dice Chimaluacán, y allí vinieron mas de veinte mil amigos, así de Chalco y de Tezcuco y Guaxócingo, y los tlascaltecas y otros pueblos; y vinieron tantos, que en todas las entradas que yo había ido, después que en la Nueva-España entré, nunca vi tanta gente de guerra de nuestros amigos como ahora fueron en nuestra compañía. Ya he dicho otra vez que iba tanta multitud dellos á causa de los despojos que habian de haber, y lo mas cierto, por hartarse de carne humana si hubiese batallas, porque bien sabian que las habia de haber; y son á manera de decir como cuando en Italia salía un ejército de una parte á otra, y les seguian cuervos y milanos y otras aves de rapiña, que se mantenian de los cuerpos muertos que quedaban en el campo cuando se daba alguna muy sangrienta batalla; así he juzgado que nos seguian tantos millares de indios. Dejemos esta plática, y volvamos á nuestra relacion: que en aquella sazón se tuvo nueva que estaban en un llano cerca de allí aguardando muchos escuadrones y capitanías de mejicanos é sus aliados, todos los de aquellas comarcas, para pelear con nosotros; y Cortés nos apercibió que fuésemos muy alerta y saliésemos de aquel pueblo donde dormimos, que se dice Chimaloacan, después de haber oído misa, que fué bien de mañana; y con mucho concierto fuimos caminando entre unos peñascos y por medio de dos sierrezuelas, que en ellas habia fortalezas y mamparos, donde habia muchos indios é indias recogidos é hechos fuertes; y dende su fortaleza nos daban gritos é voces y alaridos, y nosotros no curamos de pelear con ellos, sino callar y caminar y pasar adelante hasta un pueblo grande que estaba despoblado, que se dice Yautepeque, y tambien pasamos de largo; y llegamos á un llano donde habia unas fuentes de muy poca agua, é á una parte estaba un gran peñol con una fuerza muy mala de ganar, segun luego pareció por la obra; y como llegamos en el paraje del peñol, porque vimos que estaba lleno de guerreros, y de lo alto dél nos daban gritos y tiraban piedras é varas y flechas, y hirieron tres soldados de los nuestros, entonces mandó Cortés que reparásemos allí, é dijo: «Parece que todos estos mejicanos se ponen en fortalezas y hacen burla de nosotros de que

no les acometemos;» y esto dijo por los que dejábamos atrás en las sierrezuelas; y luego mandó á unos de á caballo y á ciertos ballesteros que diesen una vuelta á una parte del peñol, y que mirasen si habia otra subida mas conveniente de buena entrada para les poder combatir; y fueron, y dijeron que lo mejor de todo era donde estábamos, porque en todo lo demás no habia subida ninguna, que era toda Peña tajada; y luego Cortés mandó que les fuésemos entrando y subiendo. El alférez Cristóbal del Corral delante, y otras banderas, y todos nosotros siguiéndolas, y Cortés con los de á caballo aguardando en lo llano por guarda de otros escuadrones de mejicanos, no viniesen á dar en nuestro fardaje ó en nosotros entre tanto que combatiamos aquella fuerza; y como comenzamos á subir por el peñol arriba, echan los indios guerreros que en él estaban tantas piedras muy grandes y peñascos, que fué cosa espantosa, como se venian despeñando y saltando, cómo no nos mataron á todos; y fué cosa inconsiderada y no de cuerdo capitan mandarnos subir; y luego á mis piés murió un soldado que se decia Fulano Martínez, valenciano, que habia sido maestra sala de un señor de salva en Castilla, y este llevaba una celada, y no dijo ni habló palabra; y todavía subiamos, y como venian las galgas ródando y despeñándose y dando saltos (que así llamábamos á las grandes piedras que venian despeñadas), luego mataron á otros dos soldados, que se decian Gaspar Sanchez, sobrino del tesorero de Cuba, y á un Fulano Bravo; y todavía subiamos, y luego mataron á otro soldado muy esforzado que se decia Alonso Rodriguez, y á otros dos descalabrados, y en las piernas golpes todos los mas de nosotros, y todavía porfiar é ir adelante; é yo, como en aquel tiempo era suelto, no dejaba de seguir al alférez Corral; é íbamos debajo de unas como socarreñas é concavidades que se hacian en el peñol de trecho á trecho, á ventura de si me encontraban algunos peñascos entre tanto que subia desocarrea á socarreña, que fué muy gran ventura; y estaba el alférez Cristóbal del Corral mamparándose detrás de unos árboles gruesos que tenian muchas espinas, que nacen en aquellas concavidades, y estaba descalabrado y el rostro todo lleno de sangre é la bandera rota, y me dijo: «Oh señor Bernal Diaz del Castillo, que no es cosa el pasar mas adelante, y mirá no os cojan algunas lauchas ó galgas; estése al reparo de aquea concavidad;» porque ya no nos podiamos tener aun con las manos, cuanto mas podelles subir. En este tiempo vi que de la misma manera que Corral é yo habiamos subido de socarreña en socarreña venia Pedro Barba, que era capitan de ballesteros, con otros dos soldados; é yo le dije desde arriba: «Oh señor capitan, no suba mas adelante, que no se podrá tener con piés y manos, no vuelva rodando;» y cuando se lo dije, me respondió como muy esforzado, é por dar aquella respuesta como gran señor, dijo que eso habia de decir, sino ir adelante; é yo recibí de aquella palabra remordimiento de mi persona, y le respondí: «Pues veamos cómo sube donde yo estoy;» y todavía pasé bien arriba; y en aquel instante vienen tantas piedras muy grandes que echaron de lo alto, que tenian represadas para aquel efeto, que hirieron á Pedro Barba y le mataron un soldado, y no pasaron mas un paso de allí

donde estaban; y entonces el alférez Corral dió voces para que dijese á Cortés de mano en mano que no se podia subir mas arriba, é que el retraer tambien era muy peligroso; y como Cortés lo entendió, porque allá bajo donde estaba en tierra llana le habian muerto tres soldados y herido siete del gran ímpetu de las galgas que íban despeñándose, y aun tuvo por cierto Cortés que todos los mas de los que habiamos subido arriba estábamos muertos ó bien heridos, porque donde él estaba no podia ver las vueltas que daba aquel peñol; y luego por señas y por voces y por unas escopetas que soltaron, tuvimos arriba nuestras señas que nos mandaban retraer; y con buen concierto, de socarreña en socarreña bajamos abajo todos descalabrados y corriendo sangre, y las banderas rotas, y ocho muertos; y desque Cortés así nos vió, dió muchas gracias á Dios; y luego le dijeron lo que habiamos pasado yo y el Pedro Barba, porque se lo dijo el mismo Pedro Barba y el alférez Corral estando platicando de la gran fuerza, é que fué maravilla cómo no nos llevaron las galgas de vuelo, segun eran muchas; y aun lo supieron luego en todo el real. Dejemos todo esto, y digamos cómo estaban muchas capitanías de mejicanos aguardando en partes que no les podiamos ver ni saber dellos, y estaban esperando para socorrer y ayudar á los del peñol; y bien entendieron lo que fué, que no podiamos subilles en la fuerza, y que entre tanto que estábamos peleando tenian concertado que los del peñol por una parte y ellos por la otra darian en nosotros; y como lo tenian acordado, así vinieron á les ayudar á los del peñol; y cuando Cortés lo supo que venian mandó luego á los de á caballo y á todos nosotros que fuésemos á encontrar con ellos, y así se hizo; y aquella tierra era llana, y á partes habia unas como vegas que estaban entre otros serrejones; y seguimos á los contrarios hasta que llegamos á otro muy fuerte peñol, y en el alcance se mataron muy pocos indios, porque se acogian en partes que no se podian haber. Pues vueltos á la fuerza que probábamos á subir, é viendo que allí no habia agua ni la habiamos bebido en todo el día, ni aun los caballos, porque las fuentes que dicho tengo que allí estaban no la tenian, sino lodo; que, como teniamos tantos enemigos, estaban sobre ellas y no las dejaban manar, y á esta causa mudamos nuestro real y fuimos por una vega abajo cerca de otro peñol, que seria del uno al otro obra de legua y media poco mas ó menos, creyendo que hallariamos agua, y no la habia sino muy poca; y cerca de aquel peñol habia unos árboles de morales de la tierra, y allí nos paramos, y estaban obra de doce ó trece casas al pié de la sierra y fuerza; y así que nosotros llegamos nos comenzaron á dar grita y tirar galgas y varas y flechas desde lo alto; y estaba en esta fuerza mucha mas gente que en el primero peñol, y aun era muy mas fuerte, segun después vimos; y nuestros escopeteros y ballesteros les tiraban, mas estaban tan altos y tenian tantos mamparos, que no se les podia hacer mal ninguno; pues entralles ó subilles no habia remedio, y aunque probamos dos veces, que por las casas que allí estaban habia unos pasos, hasta dos vueltas podiamos ir, mas desde allí adelante ya he dicho peor que el primero; de manera que así en esta fuerza como en la primera no ganamos nin-

guna reputacion, antes los mejicanos y sus confederados tenian vitoria; é aquella noche dormimos en aquellos morales bien muertos de sed, y se acordó para otro día que desde otro peñol que estaba cerca dél fuesen todos los ballesteros y escopeteros, y que subiesen en él, que habia subida, aunque no buena; porque desde aquel alcanzarían las ballestas y escopetas al otro peñol fuerte y podíanle combatir; y mandó Cortés á Francisco Verdugo y al tesorero Julian de Alderete que se aperciban de buenos ballesteros, y á Pedro Barba, que era capitan, que fuesen por caudillos, y que todos los mas soldados hiciésemos acometimiento que por los pasos y subidas de las casas que dicho tengo que les queriamos subir, y así los comenzamos á entrar; mas echaban tanta piedra grande y menuda, que hirieron á muchos soldados; y demás desto, no les subiamos de hecho, porque era por demás, que aun tenernos con las manos y piés no podiamos; y entre tanto que nosotros estábamos de aquella manera, los ballesteros y escopeteros desde el peñol que he dicho les alcanzaban con las ballestas y escopetas, y aunque no muy bien, mataban algunos y herian otros; de manera que estuvimos dándoles combates obra de media hora; y quiso nuestro Señor Dios que acordaron de se dar de paz, y fué por causa que no tenian agua ninguna, que estaba mucha gente arriba en el peñol, en un llano que se hacia arriba, é habiase acogido á él de todas aquellas comarcas así hombres como mujeres y niños é gente menuda; y para que entendiésemos abajo que querian paces, desde el peñol las mujeres meneaban unas mantas hácia abajo, y con las palmas daban unas con otras, señalando que nos harian pan y tortillas, y los guerreros no nos tiraban vara ni piedra ni flecha; y cuando Cortés lo entendió, mandó que no se les hiciese mal ninguno, y por señas se les dió á entender que bajasen cinco principales á entender en las paces; los cuales bajaron, y con grande acato dijeron á Cortés que les perdonase, que por favorecerse y defenderse se habian subido en aquellas fuerzas; y Cortés les dijo con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar, algo enojado, que eran dignos de muerte por haber empezado la guerra; mas que pues han venido, que vayan luego al otro peñol é lamen los caciques é hombres principales que en él están, é traigan los muertos, é que lo pasado se les perdonará; y que vengan de paz, si no, que habiamos de ir sobre ellos y ponelles cerco hasta que se mueran de sed; porque bien sabiamos que no tenian agua, porque en toda aquella tierra no la hay sino muy poca; y luego fueron á llamarlos así como se lo mandó. Dejemos de hablar en ello hasta que vuelvan con la respuesta; y digamos cómo estando platicando Cortés con el fraile Melgarejo y el tesorero Alderete sobre las guerras pasadas que habiamos habido antes que viniesen á la Nueva-España, y en la del peñol, y el gran poder de los mejicanos, y las grandes ciudades que habian visto después que vinieron de Castilla; y decian que si al Emperador nuestro señor le informara de la verdad el obispo de Búrgos, como le escribia al contrario, que nos enviaria á hacer grandes mercedes; que no se acuerdan que otros mayores servicios haya recibido ningun rey en el mundo que el que nosotros le habiamos hecho en ganar tantas

ciudades, sin ser sabidor su majestad de cosa ninguna. Dejemos otras muchas pláticas que pasaron, y digamos cómo mandó nuestro capitán Cortés al alférez Corral y á otros dos capitanes, que fueron Juan Jaramillo y á Pedro de Ircio, y á mí, que me hallé allí con ellos, que subiésemos al peñol y viésemos la fortaleza que tal era, é que si estaban muchos indios heridos ó muertos de saetas y escopetas, é que gente estaba recogida; é cuando esto nos mandó dijo: «Mirá, señores, que no les toméis ni un grano de maíz;» y según yo entendí, quisiera que nos aprovecháramos; y subidos al peñol por unos malos pasos, digo que era mas fuerte que el primero, porque era peña tajada; é ya que estábamos arriba, para entrar en la fuerza era como quien entra por una abertura no mas ancha que dos bocas de filo ó de horno; é ya puestos en lo mas alto é llano, estaban grandes anchuras de prados, y todo lleno de gente, así de guerra como de muchas mujeres é niños, é hallamos hasta veinte muertos y muchos heridos, y no tenían gota de agua que beber, y tenían todo su hato y su hacienda hechos fardajes, y otros muchos lios de mantas, que eran del tributo que daban á Guatemuz; é como yo así vi tantas cargas de ropa y supe que eran del tributo, comencé á cargar cuatro tascaltecas mis naborias que llevé conmigo, y también eché á cuestras de otros cuatro indios de los que la guardaban otros cuatro fardos, y á cada uno eché una carga; é como Pedro de Ircio lo vió, dijo que no lo llevase, é yo porfiaba que sí; y como era capitán, hizose lo que mandó, porque me amenazó que se lo diría á Cortés; y me dijo el Pedro de Ircio que bien habia visto que dijo Cortés que no les tomásemos un grano de maíz, é yo dije que así era verdad, que por esa palabra misma quería llevar de aquella ropa; por manera que no me dejó llevar cosa ninguna; y bajamos á dar cuenta á Cortés de lo que habíamos visto é á lo que nos envió; y dijo el Pedro de Ircio á Cortés, por me revolver con él, lo pasado, pensando que le contentaba mucho; después de le dar cuenta de lo que habia, dijo: «No se les tomó cosa ninguna; que ya habia cargado Bernal Díaz del Castillo de ropa á ocho indios, é si nose lo estorbara yo, ya los traia cargados;» entonces dijo Cortés medio enojado: «Pues ¿por qué no lo trajo? Y también os habiades de quedar allá vos con la ropa é indios con los de arriba;» é dijo: «Mirá cómo no entendieron que los envié porque se aprovechasen, y á Bernal Díaz, que me entendió, quitaron el despojo que traia destes perros, que se quedarán riendo con los que nos han muerto y herido;» é cuando aquello oyó el Pedro de Ircio dijo que quería tornar á subir á la fuerza; y entonces le dijo que ya no habia coyuntura para ello, y que no fuese allá de ninguna manera. Dejemos esta plática, y digamos cómo vinieron los del otro peñol, y en fin de muchas razones que pasaron sobre que les perdonasen, todos dieron la obediencia á su majestad; y como no habia agua en aquel paraje, nos fuimos luego camino de un pueblo ya nombrado en el capítulo pasado, que se dice Guaztepeque, adonde estaba la huerta que he dicho que es la mejor que habia visto en toda mi vida, y así lo torno á decir; que Cortés y el tesorero Alderete desde entonces la vieron y pasearon algo della, se admiraron y dijeron que mejor cosa de huerta no habian

visto en Castilla. Y digamos cómo en aquella noche nos aposentamos todos en ella; y los caciques de aquel pueblo vinieron de paz á hablar y servir á Cortés, porque Gonzalo de Sandoval los habia recibido ya de paz cuando entró en aquel pueblo, según mas largamente he escrito en el capítulo pasado que dello habla; y aquella noche reposamos allí, y á otro día muy de mañana nos partimos para Cornabaca y hallamos unos escuadrones de guerreros mejicanos que de aquel pueblo habian salido, y los de á caballo les siguieron mas de legua y media hasta encerrarlos en otro gran pueblo que se dice Tepuztlan; y estaban tan descuidados los moradores dél, que dimos en ellos antes que sus espías que tenían sobre nosotros llegasen. Aquí se hubieron muy buenas indias é despojos, y no aguardaron ningunos mejicanos ni los naturales en el pueblo; y nuestro Cortés envió á llamar á los caciques por tres ó cuatro veces que viniesen todos de paz, y que si no venian, que les quemaría el pueblo y los iríamos á buscar; y la respuesta fué que no querian venir; é porque otros pueblos tuviesen temor dello, mandó poner fuego á la mitad de las casas que allí cerca estaban, y en aquel instante vinieron los caciques del pueblo por donde aquel día pasamos, que ya he dicho que se dice Yautepeque, y dieron la obediencia á su majestad; y otro día fuimos camino de otro mejor y mayor pueblo, que se dice Coadabaca, y comunmente corrompimos ahora aquel vocablo y le llamamos Cuernabaca, y habia dentro en él mucha gente de guerra, así de mejicanos como de los naturales, y estaba muy fuerte por unas cavas y riachuelo que están en las barrancas por donde corre el agua, muy hondas, de mas de ocho estados abajo, puesto que no llevaban mucha agua, y es fortaleza para ellos; y también no habia entrada para caballos sino por unas dos puentes, y teníanlas quebradas; y desta manera estaban tan fuertes, que no los podíamos llegar, puesto que nos llegáramos á pelear con ellos desta parte de sus cavas y riachuelo en medio, y ellos nos tiraban mucha vara y flecha é piedras con hondas; y estando desta manera, avisaron á Cortés que mas adelante, obra de media legua, habia entrada para los caballos, y luego fué allá con los de á caballo, y todos nosotros estábamos buscando paso, y vimos que desde unos árboles que estaban junto con la cava se podía pasar á la otra parte de aquella honda cava, y puesto que cayeron tres soldados desde los árboles abajo en el agua, y aun el uno se quebró la pierna, todavía pasamos, aunque con harto peligro; porque de mí digo que verdaderamente cuando pasaba que lo vi muy peligroso é malo de pasar, y se me desvanecía la cabeza, y todavía pasé yo y otros veinte ó treinta soldados y muchos tascaltecas, y comenzamos á dar por las espaldas de los mejicanos, que estaban tirando vara y flecha á los nuestros; y cuando lo vieron, que lo tenían por cosa imposible, creyeron que éramos muchos mas; y en este instante allegaron Cristóbal de Olí é Pedro de Albarado y Andrés de Tapia, con otros de á caballo, que habian pasado con mucho riesgo de sus personas por una puente quebrada, y damos en los contrarios; por manera que volvieron las espaldas y se fueron huyendo á los montes y á otras partes de aquella honda cava, donde no se pudieron haber; é dende á poco rato también lle-

gó Cortés con todos los demás de á caballo. En este pueblo se hubo gran despojo, así de mantas muy grandes como de buenas indias, é allí mandó Cortés que estuviésemos aquel día, y en una huerta del señor de aquel pueblo nos aposentamos todos, y era muy buena. Que quiera decir el gran recaudo de velas y escuchas y corredores del campo que do quiera que estábamos, ó por los caminos lleváramos, es prolijidad recitallo tantas veces; y por esta causa pasaré adelante, y diré que vinieron nuestros corredores del campo á decir á Cortés que venian hasta veinte indios, y á lo que parecia en sus meneos y semblantes eran caciques y hombres principales que le traian mensajes ó á demandar paces, y eran los caciques de aquel pueblo; y cuando llegaron adonde Cortés estaba le hicieron mucho acato y le presentaron ciertas joyas de oro, y le dijeron que les perdonase porque no salieron de paz, que el señor de Méjico les enviaba á mandar que, pues estaban en fortaleza, que desde allí nos diesen guerra, y les envió un buen escuadron de mejicanos para que les ayudasen; é que á lo que ahora han visto, que no habrá cosa, por fuerte que sea, que no la combatamos y señoreemos, y que le pidan por merced que los reciba de paz; y Cortés les mostró buena cara, y dijo que somos vasallos de un gran señor, que es el emperador don Carlos, que á los que le quisieren servir que á todos hace mercedes, y que á ellos en su real nombre los recibe de paz; y allí dieron la obediencia á su majestad; y acuédome que dijeron aquellos caciques que en pago de no haber venido de paz hasta entonces permitieron nuestros dioses á los suyos que les hiciese castigo en sus personas y haciendas. Donde los dejaré agora; y digamos cómo otro día de mañana caminamos para otra gran poblacion que se dice Suchimileco; y lo que pasamos en el camino y en la ciudad y reencuentros de guerra que nos dieron diré adelante, hasta que volvimos á Tezcuco, y lo que mas pasamos.

CAPITULO CXLV.

De la gran sed que hubo en este camino, y del peligro en que nos vimos en Suchimileco con muchas batallas y reencuentros que con los mejicanos y con los naturales de aquella ciudad tuvimos, y de otros muchos reencuentros de guerras que hasta volver á Tezcuco pasamos.

Pues como caminamos para Suchimileco, que es una gran ciudad, y en toda la mas della están fundadas las casas en el agua, de agua dulce, y estará de Méjico obra de dos leguas y media; pues yendo por nuestro camino con gran concierto y ordenanza, como lo teníamos de costumbre, fuimos por unos pinares, y no habia agua en todo el camino; y como íbamos con nuestras armas á cuestras y era ya tarde y hacia gran sol, aquejábanos mucho la sed, y no sabíamos si habia agua adelante, y habíamos andado ciertas leguas, ni tampoco teníamos certinidad qué tanto estaba de allí un pozo que nos decian que habia en el camino; y como Cortés así vido todo nuestro ejército cansado, y los amigos tascaltecas se desmayaron y se murió uno de sed, y un soldado de los nuestros que era viejo y estaba doliente, me parece que también se murió de sed, acordó Cortés de parará la sombra de unos pinares, y mandó á seis de

á caballo que fuesen adelante, camino de Suchimileco, é que viesen qué tanto de allí habia poblacion ó estancias, ó el pozo que tuvimos noticia que estaba cerca, para ir á dormir á él; y cuando fueron los de á caballo, que era Cristóbal de Olí y un Valdenebro y Pedro Gonzalez de Trujillo, y otros muy esforzados varones, acordé yo de me apartar en parte que no me viese Cortés ni los de á caballo, y llevé tres naborias mios tascaltecas, bien esforzados é sueltos indios, y fui tras ellos hasta que me vieron ir, y me aguardaron para me hacer volver, no hubiese algun rebato de guerreros mejicanos donde no me pudiese valer, é yo todavía porfiaba á ir con ellos; y el Cristóbal de Olí, como era yo su amigo, me dijo que fuese y que aparejase los puños á pelear con los indios y los piés á ponerme en salvo; y era tanta la sed que tenia, que aventuraba mi vida por me hartar de agua; y pasando obra de media legua adelante, habia muchas estancias y caserías de los de Suchimileco en unas laderas de unas sierrezuelas; entonces los de á caballo que he dicho se apartaron para buscar agua en las casas, y la hallaron y se hartaron della, y uno de mis tascaltecas me sacó de una casa un gran cántaro de agua, que así los hay grandes cántaros en aquella tierra, de que me harté yo y ellos; y entonces acordé desde allí de me volver donde estaba Cortés reposando, porque los moradores de aquellas estancias ya comenzaban á se apellidar y nos daban grita, y truje el cántaro lleno de agua con los tascaltecas, y hallé á Cortés que ya comenzaba á caminar con todo su ejército; y como le dije que habia agua en unas estancias muy cerca de allí y que habia bebido y que traia agua en el cántaro, la cual traian los tascaltecas muy escondida porque no me la tomasen, porque á la sed no hay ley; de la cual bebió Cortés y otros caballeros, y se holgó mucho, y todos se alegraron y se dieron priesa á caminar, y llegamos á las estancias antes de se poner el sol, y por las casas hallaron agua, aunque no mucha, y con la sed que traian algunos soldados, comian unos como cardos, y á algunos se les dañaron las bocas y lenguas; y en este instante vinieron los de á caballo é dijeron que el pozo que estaba lejos, y que ya estaba toda la tierra apellidando guerra, é que era bien dormir allí; y luego pusieron velas y espías y corredores del campo, é yo fui uno de los que pusieran por velas, y paréceme que llovió aquella noche un poco ó que hizo mucho viento; y otro día muy de mañana comenzamos á caminar, é á obra de las ocho llegamos á Suchimileco. Saber yo ahora decir la multitud de guerreros que nos estaban esperando, unos por tierra é otros en un paso de una puente que tenían quebrada, é los muchos mamparos y albarradas que tenían hecho en ellas, é las lanzas que traian hechas como al modo de las espadas que hubieron cuando la gran matanza que hicieron de los nuestros en lo de las puentes de Méjico, y otros muchos indios capitanes que todos traian espadas de las nuestras muy relucientes; pues flecheros y varas de á dos gajos, y piedra con hondas, y espadas de á dos manos como montantes, hechas de á dos manos de navajas. Digo que estaba toda la tierra firme llena dellos, y al pasar de aquella puente estuvieron peleando con nosotros cerca de media hora, que no les podíamos entrar, que ni bastaban ballestas ni